

Las huellas de la piedra

MARCELA DEL RÍO

I

Seguir las huellas de la piedra
que cayó en el río
entre lirios de litio
y lápidas de agua
es buscar en el espejo
el propio rostro
ese rostro infantil que ayer perdimos
en las líquidas profundidades
de su estaño.

No basta ser pez,
ni alga ni hojarasca
para adentrarse en la bruma informe
de la fiebre y la memoria.
No basta con burlar
la oscuridad nocturna
atrapando luciérnagas
de brillo tan fugaz
como la chispa de la vida.

¿Cómo seguir la huella bajo las aguas
del mercurio falaz de la mentira
adornada con luces de bengala?
¿del disfraz de platino
con que la luna nos engaña?
¿del halago contaminado

que hunde su arista de glaciador
en la corriente alterna
de la esperanza y el temor?

Si al menos gritar sirviera para algo...
Si al menos la piedra me escuchara...

II

Piedra de sacrificios
piedra de prodigios
piedra de toque
piedra rodada
piedra perdida, piedra encontrada
piedra de código
piedra sobre piedra
piedra bajo piedra.
Así dicen que Votán
alzó ciudades de luz y de memorias
sin saber que las huellas de sus piedras
hay que ir a buscarlas bajo el cañón
bajo el Sumidero
bajo las arenas movedizas del quebranto
o bajo las lágrimas del chico zapote
y las estelas de tumbas olvidadas.
Fue en Bonampak
que hoy lápida es, y ayer fue lengua
para contar su historia
que la piedra hecha luz
se desnudó bajo la telaraña
de clorofilica memoria.
¿Quién habría de decirles
a esos guerreros de obsidiana

que la celebración de su victoria
 duraría lo que la chispa del pedernal
 cuando no enciende el fuego del sol
 ni de la hoguera?
 ¿Quién podría haberles dicho
 que la piedra labrada
 de las raíces que nos dieron
 es luz de un astro muerto
 siglos atrás de nuestro nacimiento?

III

Y fue allá en Tepechia
 donde los guerreros de piedra quebrada
 emulando el valor numantino
 antes que rendirse
 al resplandor imperial del acero enemigo
 lanzaron sus cuerpos minerales

a las aguas núbiles del río.
 Desde entonces
 buscamos las huellas de la piedra.
 Desde entonces
 perdimos nuestro canto rodado
 la luz de nuestra voz
 el pedernal de nuestra hoguera.
 Desde entonces
 no hay paz en las vetas marmóreas de la ceiba
 ni en las cintas fluviales
 que agrietan nuestra selva.
 Desde entonces
 soy piedra que rueda
 por la cuesta sin fondo de la sombra
 por la curva lechosa de la nube
 y las venas abiertas de la herida memoria. 🐾

